

Después de haber visitado el sepulcro visitó también el templo, buscando en él aquellos auxilios y fuerzas indispensables á su largo viaje. La virgen protectora de sus abuelos, Astarte, recibía ofrendas y sacrificios en aquel sacro sitio. Dido, serena como quien ha tomado una resolución incontrastable, se paró algunos instantes en el vestíbulo. Las altas arboledas pobladas de aves sacratísimas, las fuentes rumorosas que desataban sus claras aguas bajo un cielo y sobre un terreno ardientes, los largos intercolumnios de aquellos patios alabastrinos que á la frescura y al descanso invitaban, los coros de jóvenes de ambos sexos acompañados por cítaras y liras, las nubes de incienso levantadas á los aires de los cien áureos pebeteros ardientes, el arrullo de las palomas en su nido mezclado con el vibrar de las palmas, el enlace de los mirtos con los laureles, el aroma de los azahares y jazmines, la danza de las sacerdotisas sirias coronadas por guirnaldas de granado sobre las cuales relucían las tiaras y mitras de oro, los afectos de fe viva, y esperanza, y amor, debían alentar, no al suicidio, no, á la reconciliación estrecha con mundo como el nuestro, donde las religiones y las artes acercan el cielo á la tierra y comunican á los hombres con los dioses. Después de visto el panteón, después de visitado el templo,

después de aparejadas todas las joyas litúrgicas indispensables al postrero trance, debió la reina dirigir su mirada con tristeza y amor á la obra de aquella ciudad levantada por su inteligencia y con sus riquezas. El mar se dormía en sus puertos. Acueductos soberbios, arrancando desde manantiales muy lejanos, proveíanla del agua fresca indispensable á los abrasados climas. Anchos fosos la separaban del temible vecino en armas, que circuía sus muros, errando á su alrededor, como los tigres y leones en torno de los vivos, y como los chacales y las hienas en torno de los muertos. Formidables murallas, compuestas de colosales piedras y cortadas por múltiples torres, concluían la defensa. Como todas las ciudades fenicias, Cartago resultaba una inmensa factoría. Y esta factoría se hallaba defendida materialmente por tropas mercenarias y defendida moralmente por dioses allegadizos. Sobre todas las colinas se alzaban, ó bien las acrópolis respondiendo á las ideas de fuerza material, ó bien los templos á las ideas de fuerza moral. Largos peristilos, anchas plazas, galerías interminables, templos de vestíbulos espaciosos y de patios amplísimos, cuarteles inmensos como los habían menester aquellos ejércitos que llevaban máquinas tan enormes cual los elefantes consigo, depósitos inacabables, palacios colosales, todo esto se pre-

sentaba fácilmente á la vista en aquella población caótica, no definida y arreglada todavía, donde los marineros codeaban á los milites, los sacerdotes asiáticos á los comerciantes fenicios, los negros libios y los númeridas feroces á los helenos adobados ya por su excesiva cultura. Dido vió panteones, palacios, sepulcros, factorías, con la mezcla de satisfacción y de tristeza naturales en quien por un lado había sabido producir todo aquello y por otro lado se apercibía tristemente á dejarlo en el mayor abandono y precipitarse de un golpe y de un salto en los senos del orco.

Todo estaba, pues, apercibido. Alzábanse ya los funerarios altares. La sacerdotisa del culto infernal, esparcido el cabello, desnudos los pies, invocaba con voz tonante los genios del abismo; rociaba los cuatro puntos del aire con aguas lustrales; cogía en la encina el muérdago verdinegro con hoz de oro al rayo pálido de la luna y presentaba los panes sacros necesarios para los tránsitos á otra vida y á otros mundos lejanos. Observados todos estos rituales, apareció Dido, el traje y el cabello desceñido, los brazos y los pies desnudos, atestiguando en su recogimiento y en su dolor toda la enormidad terrible de aquel supremo trance. Eran las altas horas de la noche. Profundo sueño pesaba sobre todos los seres animados acallándolos y petrificándolos como pu-

diera la misma muerte. Dido, sin embargo, velaba y requería un cualquier asidero á su amortiguada vida. Mas ¿qué hacer? De no morir, ó tocábale presenciar solitaria los lugares testigos de su felicidad, ó tocábale mendigar un himeneo indigno de su estirpe á los reyes númeridas que tanto despreciara, ó tocábale acompañar á los troyanos y ser ella, reina, en el cortejo de su mismo Eneas, una mísera esclava. Así no veía en torno suyo asilo ninguno que le asegurase un calmante á su dolor como el asilo de la eternidad. Mientras Dido se retorció de tal suerte al pie de su pira, soñaba Eneas, en pesadillas terribles, acostado sobre la popa de su nave capitana, con siniestros ensueños. Y todas sus visiones interiores, y todas las voces discordes oídas por sus remordimientos, le impelían y le agujoneaban á dejar aquel sitio y requerir Italia. En su natural perplejo vacilaba mil veces, y hasta se volvía de nuevo á mirar con ojos compasivos la traicionada reina y la herida ciudad. Mas como quiera que se le presentara en persona Mercurio á darle nuevas órdenes é imponerle una pronta partida, fuera de sí, disponía imperiosamente á los nautas que desempeñaran todas sus maniobras, yendo al remo el remero y al timón el piloto. Así la espada suya corta las amarras que unían las naves al puerto, y su voz manda todas las evoluciones indispensables al

movimiento é impulso de los barcos. Aun la blanca luna se veía en el cielo y rayaba el crepúsculo matutino con las rientes alboradas meridionales, cuando, en su día último, al contemplar la reina desde torreón altísimo el Mediterráneo, á lo lejos, columbra las velas que arrastran consigo las naves troyanas por los bordes últimos de los celestes horizontes. El dolor en ella toma tal intensidad que se golpea el seno y se mesa los cabellos. Cuando ya nada tiene remedio, cuando solamente le resta su desesperación, irritase contra sí misma por no haber puesto las armas en manos de sus tirios y no haber concluído al troyano. Háblele dado el sacratísimo lecho de su predilecto Siqueo, el cetro de su ciudad Cartago, con la mitad del alma la mitad del reino, y el infame cometía horrible traición, que debió impedir ella, incendiando sus naves, rompiendo sus armas, desgarrando su cuerpo en compañía de las furias vengadoras y de las divinidades infernales, acudidas á sus apremiantes evocaciones para secundarla en sus desquites y venganzas. Ya lejos él, henchida su lona de viento favorable, gallardo su barco sobre las aguas rientes, lánzale inútiles maldiciones y quiérele malogrado en su juventud y hundido en los abismos. De aquí, de tal maldición, brota en este momento supremo todo lo que hará Cartago contra Roma. Los juramentos

terribles de Amílcar, los nefastos incendios de Sagunto, la batalla de Trasimeno, el sitio puesto por Anníbal á la Ciudad Eterna, tantos desastres, tantos horrores, tantos hechos cruentísimos, únense á esta maldición suprema. Pero en su desesperación ya no puede retener por más tiempo la vida. Cegada por un último asomo de cólera, sobrecogida de un transporte nervioso que le quita el sentimiento y el sentido, siniestra y errante la mirada, lívido el rostro, fría ya con el helor de la muerte, sube á lo alto de su palacio, descuelga la espada, signo de su natural soberanía, se detiene á contemplar algunos minutos los regalos traídos por Eneas, las joyas propias, el tálamo nupcial, y ya consumado todo en derredor suyo y consumidas las pavesas últimas de su esperanza, prende fuego á la pira, se parte casi al mismo tiempo el corazón sin otro pensamiento que mostrar á Eneas con lo triste y horrible de aquel sacrificio lo intenso de su amor.

Así como el inmortal Homero había cantado en su *Ilíada* la rivalidad entre Asia y Europa, Virgilio cantó en su *Eneida* la rivalidad entre Africa y Europa. No podía de manera más poética llegar hasta la posteridad aquel conflicto perdurable, llamado guerra púnica, el cual estuvo á punto cien veces de acabar con Roma y concluyó con la extirpación de Cartago. No es mucho si Dido ha pasado á todas

las literaturas y puesto su nombre imperecedero en todas las historias. Ella rompió el estrecho recinto de Fenicia y llevó consigo la cultura tiria, que había reemplazado el jeroglífico misterioso con el claro y popular alfabeto, á un amplio continente como el continente africano. Desde allí, desde tan favorable sitio, debía dominar el mundo, no con colonias militares, con colonias mercantiles, uniendo riberas, comarcas, regiones, por los esplendores de la navegación y por los movimientos del cambio y del comercio. Troya le disputaba con sus restos, con sus hijos expulsos aquel dominio, y Dido, representante de la vida fenicia, se opuso con su amor á esta obra terrible de concurrencia y de guerra. Frustróse todo el intento de la civilización fenicia representada por Tiro. Los penates de Troya pudieron llegar á los hogares lavinos y erigir la Ciudad Eterna; pero Dido, que cumpliera con su raza, deteniendo encadenado por el amor al héroe de la raza enemiga, frustrado su intento, rota su empresa, debía sembrar el aire de maldiciones, á cuyos ecos brotaron los guerreros púnicos, aquellos terribles africanos de origen asiático tan implacables y tan feroces que mil veces asestaran la espada y el puñal de su progenitora ilustre al corazón del pueblo romano, y mil veces pusieran la pira, donde acabara ella, en torno del Capitolio. Mujer así, tan

admirablemente cantada en la *Eneida* de Virgilio, y cuya historia puso en los fastos del antiguo mundo y en sus *Heroidas* la inspiración de Ovidio, necesariamente debía ir sobre las alas del genio de un siglo á otro siglo, de unos Olimpos á otros Olimpos, ya como dechado perfecto de las desgracias del amor, ya como personificación de rivalidades cruentísimas entre razas contrarias. Ovidio había reducido en una parte de sus fastos la historia de Dido á la fuga de su ciudad natal y á los desdenes sentidos por Yarbas, que la requiriera tantas veces de amor y sitiara su ciudad solamente para rendir victorioso á su reina é imponerle por fuerza ó de grado un himeneo apetecido con todos los intensos furores amorosos naturales á un verdadero bárbaro. Los amores de Dido y Eneas corresponden principalmente á la inventiva de Virgilio, que compuso y propaló esta preciosísima fábula, destinada en su mente á expresar la histórica rivalidad entre Roma y Cartago. Pero también Ovidio, en sus fastos, introduce, olvidado él mismo de lo que antes dijera, los amores de Dido y Eneas, amores cronológicamente imposibles, porque median siglos entre la ruina de Troya y el nacimiento de Cartago. Pero no tiene remedio; tipos así atraviesan las edades y entran en todas las literaturas. Prolijo é inútil sería enumerar los cuadros, los bajorrelieves, los simu-

lacros y estatuas que han reproducido la imagen de tamaño heroína y han logrado grabarla, digámoslo así, en la conciencia universal. Nosotros mismos, tan románticos por naturaleza, contamos en el siglo décimoquinto y décimosexto una ciudad, á la cual debemos llamar clásica, no sólo por sus relaciones con Italia, sino por su literatura, fundada toda ella en la tradicional y consagrada poética de italianos y helenos. Cristóbal de Virues, capitán más famoso que por sus armas por sus versos, obedeciendo á la tradición clásica propia del Renacimiento, y formando en aquel coro que quiso imponer al teatro español un clasicismo destrozado por la iniciativa potente y por la inspiración inextinguible de Lope, á quien secundaron luego ilustres discípulos y sucesores, algunos tan grandes como él mismo, Cristóbal de Virues presentó á Dido en escena, tal como la presentara Ovidio, en los amores de Yarbas, amores tan repulsivos á la índole y al natural de la reina, que, por no perder la ciudad si los desdeña y por no perderse á sí misma si los oye y satisface, muere víctima de sublime suicidio. Tal es la persona y la historia de Dido.



EGERIA

Dido representa el simbolismo de la influencia cartaginesa en Roma; Eneas representa el simbolismo de la influencia frigia; Rómulo representa el simbolismo de la primera fuerza romana, mientras Numa representa los comienzos de aquella legislación que había de levantarse á verdadero dogma y había de recibir un culto verdadero. ¿Quién era, pues, Egeria? ¡Ah! Egeria representa la inspiración que anima tanto á los sacerdotes como á los juriscultos romanos; representa la inspiración de Numa. El mundo antiguo, persuadido siempre, desde sus comienzos hasta su fin, del antropomorfismo universal, ó sea de que todas las cosas y todos los espíritus, el sér puro y la idea pura toman ó revisten formas estéticas y se alientan en el alma humana, divide la representación de lo creado y de lo increado entre matrimonios perennes, entre parejas perpe-